

Rafael Sánchez Ferlosio, *Campo de retamas. Pecios reunidos*, Barcelona, Penguin Random House, 2015.*

JUAN ÁLVAREZ-CIENFUEGOS FIDALGO
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

“(Racionalización) Cortaron los campos a escuadra, con lindes rectilíneas, a fin de que cuadrasen con los cuadrados folios de sus propias escrituras en el Registro de la Propiedad”. 58

“(Contra Alborch) La barbarie pretende ahora refundir el Museo del Prado como un Todo, no ya administrativo, sino ontológico y hasta fetichista en ese delirio de unir con él físicamente los edificios recién anexionados. La Cultura no admite que los cuadros estén tan sueltos y descomprometidos como sea posible –y como cuadraría, además, con la verdad de los contingentes avatares en que surgió la colección–; tiene que ‘articularlos’ como piezas de una mendaz ‘unidad orgánica’, ignorando la autonomía y el ensimismamiento que hace de cada obra singular un testimonio nunca unívoca ni definitivamente recibido. La crítica cultural se ve afectada por la más feroz compulsión clasificatoria; no aguanta nada que se hurte al sagrado lema burocrático ‘Un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio’; todo posible contenido de una obra es suplantado por los datos capaces de fijarla en un lugar preciso de la taxonomía. Más que El Prado en sí mismo, me importa aquí la general brutalidad totalizadora (y al fin totalitaria) de los conceptos de Cultura y Patrimonio Cultural [...]”. 69-70.

Si dejan a las claras estos pecios de Rafael Sánchez Ferlosio la violencia geométrica que se ejerce sobre el hábitat cuando el campo pasa al Registro de la Propiedad y la ejercida por el afán clasificatorio de la concepción burocrática de la Cultura, una similar violencia es la que se

ejercería sobre su libro si se quisieran presentar perfectamente empaquetados los pecios de una sola frase, que se pueden convertir en varias páginas, en fijos y cerrados compartimentos: aquí la guerra, ahí la religión, más allá la justicia. Por eso, en vez de fijar como con cartabones el campo o de encerrar en cajones la cultura, el presente comentario reúne algunos de los pecios más que en rígidos cuarterones en parcelas abiertas, colindantes y, en ocasiones, de fronteras confusas, aunque agrupados bajo determinados rubros. De esta forma, también se sigue en cierto modo el propio método de Ferlosio.

Consiste este en detenerse y dar vueltas alrededor de expresiones cotidianas, escuchadas en la calle o leídas en los periódicos, que en apariencia son neutras, pero, sometidas a su juicio, revelan un carácter ideológico y mistificador, “mi recurso, a este respecto, no consiste en mirar por detrás ni por debajo de tal o cual aparición singular de un determinado estereotipo rutinario, sino en mantenerme en la mera superficie, con la atención despierta para arrimar entre sí distintas recurrencias en textos separados que presenten una cierta relación de analogía perceptible”. 193. Un método, dice de él, que es más un tratamiento ‘sintomático’ que ‘etiológico’. Pone el ejemplo de lo que dicen “un merecido descanso”, “una sana alegría” y “un honesto esparcimiento”, expresiones en las que pervive “una mentalidad para la que todo lo placentero, como el descanso, la alegría y el esparcimiento, sólo es lícito cuando está moralmente justificado. De manera que los tres estereotipos recogidos, serían improntas dejadas en el habla por una añeja tradición de ideología represora”. 194. La prueba, que “a ninguna de las tres cosas contrarias, a saber: el cansancio, la tristeza y el aburrimiento, se les exija, en absoluto, alguna suerte de justificación moral equivalente”. 194.

Es así como sus pecios nos desvelan diversos síntomas del hablar o de las actitudes diarias. Vienen a propósito estos pecios que aluden a soluciones terminantes y drásticas, la razón por la que se dice planeta y no Tierra, sobre el no tener hijos y alguna muestra más: “Lo más sospechoso de las soluciones es que se las encuentra siempre que se quiere”.

15; “(*Erosión*) Aumenta cada vez más la tendencia a decir ‘el planeta’, en sustitución de la expresión ‘el mundo’. Es que notan, o adivinan sin pensarlo, que el mundo está tan tremendamente desgastado sin duda por el acelerado e inconmensurable aumento de los viajes, las comunicaciones, las construcciones que siempre comportan cimientos y, por tanto, erosión, corrosión del suelo, que casi no queda ya más que su soporte astronómico, su desnudo, que es propiamente el planeta”. 25; “(*Anacarsis*) Cada vez más ejemplarmente piadosa resulta hoy en día la respuesta del escita Anacarsis, que visitó Atenas en tiempos de Solón, cuando los atenienses le preguntaban que por qué no tenía hijos: ‘Por amor a los niños’”. 39; “(*Occidente*) Fotografías de hambrientos y de muertos utilizadas como propaganda para solicitar nuestro socorro: ¿vender los sufrimientos de las víctimas en su propio beneficio?”. 64; “¿De quién es esa vida que necesitan decir que ‘continúa’ o hasta que ‘debe continuar’ cada vez que alguien se ha muerto?”. 64; “(¿*Causalidad o casualidad?*) Contra más cachivaches vienen juntando los hombres para comunicarse, menos parece que tengan que decirse los unos a los otros. Aunque también es posible que nunca hayan tenido mucho que decirse y sólo ahora la sobra de medios los pone en evidencia”. 75; “El que quiera mandar guarde al menos un último respeto hacia el que ha de obedecerle: absténgase de darle explicaciones”. 112.

Particular atención les presta Ferlosio a “volver a la normalidad” y a “atenerse a los hechos”. Respecto a la primera señala el “substrato ideológico” que la sustenta, “... La convicción y la confianza son las de que hay una normalidad como un suelo seguro y permanente, una horizontal de equilibrio, a la que siempre han de volver las cosas tras los ocasionales disturbios o perturbaciones que se elevan o descienden, por así decirlo, con respecto al nivel cero de ese pavimento, alterando la calma o interrumpiendo momentáneamente la constancia y la fidelidad del mundo. Pero no hay que tener miedo: el mundo es fuerte y siempre vuelve a la normalidad”. 41. Y apunta la complacencia de los medios al insistir, aunque busquen el sensacionalismo de las catástrofes, en esa “vuelta”, pues para tener satisfechos

a sus clientes la televisión “ha convertido la ideología de la normalidad en una deferencia tan servil como compulsiva, que necesita devolver a los espectadores la confianza y la seguridad que las noticias hayan podido perturbar por un momento, cualesquiera que sean la calidad y la magnitud de las desgracias presentadas. Así es como ese miserable electrodoméstico se ve obligado a sustentar, *pro domo sua*, la ilusión de la normalidad, mientras el mundo se va cayendo a cachos”. 50.

Señala, asimismo, la perversión moral que subyace al rendirse ante los hechos consumados, donde del hecho mismo, por serlo, se pasa al derecho, así, “¿Por qué me suscita siempre la impresión de un actor que sobreactúa quien declara no estar ejerciendo otro papel que el de objetivo expositor de la realidad o imparcial mensajero de los hechos?”. 140. Abunda más en ello: “La leal recomendación ‘Ajústate a los hechos’, a poco que se recalque, amaga siempre teñirse y aun virarse en el desleal y tácito mensaje ‘doblégate a lo más fuerte’”, pecio que tiene como corolarios: “La mera conveniencia práctica del *conocimiento de hecho* de las fuerzas adversas, taimadamente enfatizada con tornasoles de principio moral, acaba convirtiéndose en *reconocimiento de derecho* de la fuerza misma” o “La forma en la que nos dicen: ‘Los hechos son tozudos’, moviendo el dedo índice en el aire, como a modo de admonición o hasta amonestación moral, no nos hace pensar sino que de un momento a otro van a presentarse sus credenciales de ministros plenipotenciarios de la Facticidad”. 165.

Son varios los pecios incisivos sobre la identidad, sea la personal o la grupal de pertenencia; el que se cita a continuación recoge el temple que los anima: “(‘*Los nuestros*’) Tal vez la única cosa saludable, sin duda involuntaria y probablemente indeseada, del individualismo está en crear las condiciones de posibilidad para que el hombre acierte a no-ser-de-los-nuestros. Se escribe todo junto para que se entienda como un predicado abstracto, o sea como el lugar vacío que precede a cualquier posible determinación de ese ‘los nuestros’, a la manera de un nombre categorial, como ‘color’, lugar vacío de ‘rojo’, ‘amarillo’, ‘azul’, etcétera. Con los ‘nuestros’ se mienta aquí por tanto la categoría genérica de

toda identificación posible. Pero ‘no-ser-de-los-nuestros’, un predicado irreductiblemente negativo, tiene también su hipóstasis perversa: la de volver a positivarse desde fuera, desde el Todo, cayendo en esa olímpica vanagloria de ‘ser universal’. A esa vanagloria es a lo que se expone todo posible vencedor que no se tome el cuidado de conservar celosamente su conciencia de ‘parte’; lo pavoroso de la pretensión de ‘ser universal’ está en transfigurar lo que es ‘guerra entre partes’, como toda cosa de hombres, en ‘guerra escatológica’”. 51.

Sobre la identidad personal: “(*Honda raigambre*) ¿De verdad que tiene usted raíces? ¿Y qué se siente? ¿No es desagradable?”. 20. Veamos un recordatorio para quienes defienden el “sé tú mismo” con todas sus variantes: “(*Moral de perfección y moral de identidad*) Conforme a la moral de perfección, el movimiento de la bondad cambia al sujeto en cada una de sus obras, le hace ser otro, nuevo, mejor y diferente cada vez. Ser bueno aparejará, entonces, dejar de parecerse a sí mismo, al menos un poquito cada día. En consecuencia, ya el mero seguir siendo idéntico a sí mismo es ser peor que uno mismo. Y complacerse en ello es abyección”. 108.

Ante las proclamas de antipatriotismo lanzadas por quienes en Estados Unidos de eso tachaban a los que se oponían a la guerra de Irak y sosteniendo la similitud de esa actitud con los estigmas propios de la religión obligatoria, concluye: “Con todo, no creo que la convergencia entre fervor religioso y devoción patriótica sea simple efecto de una aproximación fortuita e inmotivada, sino que participan, de modo eminente, de una condición común: ambas están definidas por el rasgo de la ‘pertenencia’: se pertenece a una patria, como se pertenece a un credo”. 43. Otro más, “(*Ecco li nostri*) –Malo es ser de los nuestros. –Peor es ser de los buenos”. 37. Otra es la identidad partidista: “(*El Despreciable*) El mitin electoral reaviva mis prejuicios contra la democracia de partidos. Todos ven la abyección de los oradores, pero nadie la del público. Si éste en los toros es el Respetable tan sólo porque puede aplaudir o pitar y abuchear, se vuelve el Despreciable allí donde no caben más que los aplausos y las aclamaciones. Si a una frase del orador alguien dijese ‘¡No,

eso no!', sería acallado o tal vez hasta expulsado como intruso. El supuesto forzoso de la unanimidad incondicional convierte todo mitin en una práctica fascista: el local se transfigura en una Piazza Venezia, donde cualquier partido es 'partido único' [...] 67-68.

Este partidismo que tantas percepciones perturba, partidismo de nación y de religión, partidismo de partido y partidismo de club deportivo, alcanza un punto máximo, dice Ferlosio, cuando las cifras de una manifestación o de una huelga son totalmente dispares, según la cuenta de la policía o de los convocantes, o cuando dos médicos forenses mantienen opiniones contrarias que coinciden con los intereses de las partes que cada uno representa, este partidismo, dice, hace perder la objetividad con lo que ello conlleva, pues "el escrúpulo de la objetividad es incluso anterior a la honradez: es condición de posibilidad de ésta; quien no lo tenga no puede ni tan siquiera aspirar a ser honrado". 74.

La justicia es un asunto recurrente en los pecios; aborda, así, los escafofríos que le dan imaginarse que el jurado solo pueda elegir entre el 'sí' o el 'no' sin posibilidad del 'no sabe', relata la conseja de Confucio que consideraba una virtud que el hijo encubriera al padre y este a aquel, así como tenía por equidad ser compasivo con la víctima y con el delincuente, interpreta la ceguera de la Justicia para que no pueda ver la belleza del malvado o se pregunta si no habría sido antes la ejecución y el verdugo que el juzgar mismo. Como recapitulación de estos pecios elijo el que sigue: "(*Contrapunto*) Así como en el sentimiento popular (que milenios de Justicia instituida no han logrado apagar ni disminuir) por el que el verdugo sigue siendo visto como una figura socialmente infame acaso perdura una reminiscencia de la ferocidad de los poderes que fundaron la Justicia, así también, inversamente, la ocasional actitud de injuriar y acosar al abogado defensor, equiparándolo a un impune cómplice del reo, manifiesta a su vez la resistencia pública a comprender y aceptar el sentido del Derecho, que, sin embargo, se desarrolló precisamente para poner bozal a la bestia feroz de la Justicia. Casi osaría pensar que este hecho, tal vez sólo aparentemente contradictorio, de que el rechazo que

adivina en el verdugo la última –y originaria– ferocidad de la Justicia instituida conviva con la ferocidad linchadora que incluye al defensor en su odio al acusado, delata la esencial e irreductible ambigüedad de la Justicia misma, incluso sujeta a forma en el Derecho, que si la hizo, ciertamente, menos cruel que la venganza, también la reificó y la consagró como infalible e inexorable”. 57.

En lo que se refiere a referencias religiosas, más que a la religión misma, menudean las menciones a Juan el Bautista, a su juicio el verdadero Redentor, a Cristo, que se hizo hombre para vengar al Padre, o a Dios mismo, es cuando hay Dios cuando todo está permitido. Un pecio nos dice que los dioses de los hombres son peores que los hombres mismos y otro encara el problema de la existencia de Dios y su relación con la bondad o maldad divinas: “(*De pravitate Dei*) Tengo para mí que la discusión sobre la existencia o inexistencia de Dios no es, a fin de cuentas, más que la forma académicamente tolerada hacia la que acabó desviándose la mucho más escabrosa y hasta delictiva cuestión de su bondad o maldad. El hecho de que los negadores-de-Dios de carne y hueso hayan estado prohibidos no debe escamotear el dato de que la hipótesis de la inexistencia no ha sido descartada ni siquiera en los mejores momentos de la *Ecclesia Triumphans*, pues ¿qué significa el que la más brillante escolástica –San Anselmo de Canterbury, Santo Tomás de Aquino– no haya dejado nunca de excogitar pruebas y demostraciones filosóficas de la existencia de Dios, sino que la hipótesis de la inexistencia se mantenía virtualmente vigente, por cuanto siempre admitida a discusión, aun por muy aplastantemente que se la predestinase a la derrota? El acto positivo de demostrar algo implica inevitablemente el reconocimiento de derecho de la hipótesis contraria. Sería probablemente malicioso pensar que los creyentes se avinieron conscientemente a debatir la mera cuestión de facto de la existencia o inexistencia para desviar la mirada de la cuestión jure capital: la de la bondad o maldad, pero el hecho es que los impíos cayeron en la trampa de semejante transacción y se hicieron asépticos ateos –meros creyentes en la inexistencia– en lugar de pugnaces renega-

dos. Más operante habría sido conceder en la banal y abstrusa cuestión de la existencia, a cambio de tener firme en la de la maldad, pues es la idea de Dios, no la de su existencia, lo que importa, tal y como los fieles lo adivinan, con certero instinto, cuando se muestran mucho más sensibles a que se respeten los derechos de la idea de Dios, y dentro de ella los de su bondad, que a que se afirme o niegue su existencia. Los meros ateos se inhiben de lo que hagan, digan o piensen los creyentes, como si, sin necesidad de la existencia, la sola idea de un Dios bueno y providente no fuese ominosa para todos, como si tal imagen no fuese un sarcasmo hacia este valle de lágrimas”. 161-162.

Quedan fuera de consideración los pecios dedicados a la tensión público-privado, “La lente de una mentalidad privatizada ha invertido la imagen misma del fenómeno, pues la verdad social es que la vida pública es el agredido y la privada, el agresor”. 128; los relativos a la guerra, “(*La Ilíada*) ¡Qué antiguas eran ya las armas, qué viejos eran ya los hombres, qué decrepito el mundo, qué anciana la palabra, ya en tu guerra, oh rey Agamenón!”. 116; aquellos que se refieren a las emociones, “Los que somos llorones sabemos mucho de la extraordinaria superficialidad de las emociones”. 20; sus diatribas contra el discurso político que habla de una nueva Era, “(*Decía don Jacinto*) ‘La lucha final’ y ‘La nueva era’ son de esos grandiosos y clamorosos embelecos de los que ni ha escarmentado nunca nadie”. 24; aquellos que hablan del tiempo, “(*Telón de fondo*) El tiempo de los sueños carece de futuro; es como el cielo de los decorados de teatro: un eterno presente prodigioso pero a la vez infinitamente melancólico porque adivina que sería el cielo de la felicidad si no fuese pintado”. 55; o pecios furtivos: “(*Improntas fósiles*) Oh, gato que esta noche has dejado tus huellas en el cemento reciente de la acera; por tan gentil testimonio de tu paso, yo te deseo tan larga eternidad como la del dinosaurio que dejó sus pisadas en el barro fresco de hace millones de años”. 145.

Pero no dejaré fuera su autorretrato: “(*Personal*) Me metí en un bosque de coníferas al pie de La Maliciosa y me dio un extrañamiento: ¿qué hago yo aquí, como un animal sin instinto y un hombre sin experiencia?”. 22.

Las precedentes líneas podrían dar a entender que esta obra de Ferlosio es un conjunto de diversas ocurrencias mejor o peor escritas, reunidas sin orden ni concierto; de hecho, bien lo dice Tomás Pollán, pero introduciendo una cuña fundamental: “no hay en la obra de Ferlosio ni un sistema de pensamiento, ni una *Weltanschauung* ni, todavía menos, una ideología. Esta constatación, lejos de ser un motivo de recelo, despeja una inquietud al eliminar un obstáculo fatal para la emergencia del pensamiento, si es verdad, como escribe Ferlosio en un pecio, que ‘tener una ideología no es tener ideas. Estas no son como las cerezas, sino que vienen sueltas, hasta el punto de que una misma persona puede juntar varias que se hallan en conflicto unas con otras. Las ideologías son, en cambio, como paquetes de ideas preestablecidas, conjuntos de tics fisionómicamente coherentes, como rasgos clasificatorios que se copertenecen en una taxonomía o tipología personal socialmente congelada”¹.

Ahora bien, el mismo Pollán muestra una constante en la obra de Ferlosio: la contraposición entre conocimiento (significación) y adaptación (asimilación), de manera que “todos los brazos y ramificaciones de la obra ferlosiana se alimentan de las aguas que proceden de este cauce principal. Toda una serie de contraposiciones recurrentes en los escritos de Ferlosio: religión frente a historia, moral de perfección frente a moral de identidad, instrucción frente a educación, hechos frente a datos, bienes frente a valores, etc., remiten a esa contraposición anterior y más profunda”² 48. Alguno de esos pares contrapuestos tuvo el lector la oportunidad de leerlos entre los pecios elegidos en esta reseña.

También podría parecer que una vez plasmados estos concisos pecios, el autor no reparaba en su particular carácter, capaces entonces de volverse contra él; pero, no, él mismo se encarga de precaver al lector contra sus aforismos. Sostiene que la esencia de la palabra es la de ser profana, frente a ella la palabra sagrada no dice ni habla, tiene el sello del poder performativo, “no busca ser entendida, sino obedecida”, 12, por eso da un aviso inicial al principio de sus pecios: “(*Ojo conmigo*) Desconfíen siempre de un autor de ‘pecios’. Aun sin quererlo, le es fácil es-

tafar, porque los textos de una sola frase son los que más se prestan a ese fraude de la ‘profundidad’, fetiche de los necios, siempre ávidos de asen- tir con reverencia a cualquier sentenciosa lapidarietà vacía de sentido pero habilidosamente elaborada con palabras de charol. Lo ‘profundo’ lo inventa la necesidad de refugiarse en algo indiscutible, y nada hay tan indiscutible como el dicho enigmático, que se autoexime de tener que dar razón de sí. La indiscutibilidad es como un carisma que sacraliza la palabra, canjeando por la magia de la literalidad toda posible capacidad signifi- cante”. 11.

Rafael Sánchez Ferlosio: una silueta

Rafael Sánchez Ferlosio (Roma, 1927) tiene un refrán de cosecha propia: “Más vale maestrillo de menos que librillo de más”. Así se explica que solamente haya dado a conocer una parte mínima de sus escritos, puesto que 200 o 300 veces más que lo difundido permanece en cajones velado al público. En “La forja de un plumífero”, da razón de ello: como le anima el “deseo de tener razón” y “de convencer”, las dudas sobre lo primero y el “descorazonamiento de no lograr convencer nunca a nadie de nada me animan cada vez menos a publicar, aunque siga escribiendo y escribiendo eternamente”.³

En el mismo artículo se refiere a sus tres fases de escritura. De la primera, representada por *Alfambuí*, publicada en 1951, dice “hice allí lo que después más he aborrecido: algo como entre Azorín y Miró”;⁴ es la que considera etapa de “la prosa”, de las “bellas páginas”. Le sigue la etapa del “habla”; cinco años después publica *El Jarama*, una novela realista que rompía con la estética nacional católica. Su trama, en apariencia sencilla, gira en torno a un domingo de verano a orillas del río Jarama, cercano a Madrid; se relatan las conversaciones corrientes de unos jóvenes obreros y de los clientes de la venta de Mauricio y la muerte dramática de Lucita, ahogada en el río.

Durante la tercera etapa, se dedicó a la gramática y la lengua, a la publicación de otra novela, *El testimonio de Yarfoz*, y a toda clase de reflexiones que de una u otra forma se relacionan con el uso de la palabra. Apenas lee literatura, menos todavía la española. En lo que se refiere a la lengua, en esta etapa cultiva la hipotaxis verbal del español, como en la frase “a Cayo y Sempronio estoy empezando a sospechar que lo que les pasa es que no deben de querer volver a ponerse a hablar de tener que venir a visitarme,”⁵ (*Archipiélago*, p. 85) lo que le permite decir cualquier cosa recurriendo a largas construcciones subordinadas. Es ahí donde se encuentra el punto de conjunción entre aquello de lo que se trata y la manera de referirse a ello.

Las cuestiones por las que se interesa Ferlosio en la tercera etapa de su obra son seis o siete y “algunas acaban abriendo tuberías de comunicación, [por eso] no es raro que se vayan fundiendo y reduciendo”. Resultan penetrantes sus reflexiones sobre los animales, proverbial su antipatía por el mundo Disney y esclarecedores sus apuntes acerca de los niños ferinos; también se ocupa de asuntos como la guerra, la identidad y la patria, la moral expiatoria y el fariseísmo, y la religión. Este libro reseñado da cuenta de varias de estas cuestiones.

Entre sus obras, cabe destacar: *Las semanas del jardín*, Madrid, Alianza Tres, 1981; “Comentarios a *Víctor de l’Aveyron* de Jean Itard”, 1982; *Ensayos y artículos*, I y II, Barcelona, Destino, 1992; *El alma y la vergüenza*, Barcelona, Destino, 2000; *Non olet*, Barcelona, Destino, 2001; *La hija de la guerra y la madre de la patria*, Barcelona, Destino, 2002; *El gecko*, Barcelona, Destino, 2004; *Sobre la guerra*, Barcelona, Destino, 2007; *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, Barcelona, Destino, 2008; “*Guapo*” y *sus isótopos*, Barcelona, Destino, 2009.

Notas

* Los títulos iniciales entre paréntesis de algunos pecios vienen de esa misma forma en el libro. Los números que cierran cada cita corresponden a las páginas en las que aparecen.

¹ Pollán, Tomás, “La pasión del conocimiento”, en VVAA, *Rafael Sánchez Ferlosio. Escritor*, Edición del Premio Cervantes 2004, Alcalá, Universidad de Alcalá, 2005, p. 46.

² *Ibidem*, p. 48.

³ Sánchez Ferlosio, Rafael, “La forja de un plumífero”, en *Archipiélago*, Núm. 31, “Rafael Sánchez Ferlosio. El Triunfo de la lengua”, Madrid, 1997, p. 79.

⁴ *Ibidem*, p. 80.

⁵ *Ibidem*, p. 85.

